

A decorative flourish consisting of a central oval shape filled with intricate, repeating scrollwork patterns. The word "PLATICA" is written across the center of this flourish in a bold, serif font.

SOBRE EL JUBILEO

CONCEDIDO POR NUESTRO SANTISIMO P. PIO IX.



SOBRE EL JUBILEO

CONCEDIDO POR NUESTRO SANTISIMO P. PIO IX.

252.4

PLÁTICA

SOBRE EL

JUBILEO CONCEDIDO POR N. SS. P. PIO IX,

HECHA

A LAS SEÑORAS RELIGIOSAS DEL ORDEN DE CALATRAVA

EN EL REAL CONVENTO

DE NUESTRA SEÑORA DE LA CONCEPCION DE MADRID

POR EL ILMO. SEÑOR

OBISPO DE CANARIAS.

Judas José Rouvo.



Madrid:

IMPRENTA Y FUNDICION DE AGUADO, CALLE DE S. ESTEBAN, 8.

—
1847.

PLATA

DE

JUBILEO CONCEDIDO POR N. S. P. PIO IX.

DE

A LAS SEÑORAS RELIGIOSAS DEL ORDEN DE CALATRAVA

DE LA REAL ORDEN

DE NUESTRA SEÑORA DE LA CONCEPCION DE MADRID

DE LA REAL ORDEN

OBISPO DE CANARIAS.

de las señoras



Madrid:

IMPRESA Y FUNDICION DE AGUADO, CALLE DE S. ESTEBAN, 8.

1847.

~~~~~  
*Omnes homines vult salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire.*

P. EP. AD TIM. CAP. 2.

El Señor quiere que se salven todos y conozcan su santa ley.

~~~~~

Cumplo, Señoras, la oferta que os hice el día de la Virgen de venir á platicaros hoy del Jubileo, con tanto mayor gozo, cuanto me constan vuestros vehementes deseos de que se acercase la hora; pues esa piadosa solicitud de vuestra parte me anuncia desde luego los saludables frutos que ha de producir mi breve exhortacion. Esta esperanza lisonjera, que anima siempre el celo de los predicadores cuando se dirigen á las vírgenes consagradas al Señor, se funda principalmente en aquella parábola tan sabida del Evangelio, tomada de la semilla que va derramando el labrador sobre la tierra, cuyos granos unos se comen las aves, otros se secan por falta de jugo, algunos perecen sofocados entre las espinas y las zarzas, mientras que los que caen en buen terreno se arraigan, proceden, y rinden el sesenta ó el ciento por uno.

Segun la esplicacion que el Salvador dió á sus discípulos, el buen terreno en el sentido espiritual representa aquellas almas que oyen la palabra divina atentamente, y depositándola en lo íntimo

de su corazon aplican su entendimiento á comprenderla y observarla con el laudable anhelo de santificarse mas y mas; y como los conventos de las vírgenes son los verdaderos vergeles donde se cultivan las plantas de las virtudes evangélicas con el riego de la oracion, la frecuencia de los Sacramentos y ejercicios espirituales, los Prelados juzgan prudentemente que en estos sagrados asilos concurren todas las disposiciones favorables al piadoso objeto de la predicacion.

Persuadido de esta verdad por la razon y la esperiencia que he aprendido platicando en muchos y varios conventos de religiosas, entro sin mas preámbulo llamando particularmente vuestra atencion á que considereis el Jubileo, en primer lugar como un aviso extraordinario que os envia la Providencia á fin de que haga época en vuestra vida, y en segundo para que, inflamadas así de una fervorosa caridad, pidais á Dios por los enemigos de la Iglesia y el triunfo de la fe. Pidamos antes la gracia, &c.

He anunciado que el Jubileo merece fijar vuestra reflexion, á causa de juzgarle designado para hacer época en vuestra vida; y aunque al principio os parezca la idea en algun modo sorprendente, depondreis vuestra estrañeza al instruiros de sus fundamentos.

Bien sé que la confesion y la comunion requeridas por el Sumo Pontífice, así como el ayuno y la oracion mental, son prácticas cotidianas en el claustro, y que respecto á esta consideracion nada distingue de singular al Jubileo: pero si reparais

además de esto en la convocacion universal que hace el Padre Santo á la penitencia, y en las innumerables gracias concedidas á los fieles que la abracen é imploren la misericordia del Señor; si atendéis á la multitud de personas que habiendo permanecido hasta aqui aletargadas despiertan del sueño del pecado y concurren á recibir los Sacramentos, advertireis al instante que la voz de Dios se deja percibir ahora de un modo extraordinario, que toca al corazon y le quebranta: porque aun cuando en todos y cada uno de los momentos de nuestra existencia estamos recibiendo del Señor gracias contínuas, ocurren sin embargo algunos casos imprevistos en que se muestra con mas impulso y eficacia, y nos abraza por decirlo así en su santo amor; de cuya verdad, dispensándome de otras pruebas y autoridades patentes en las santas Escrituras, depone el testimonio práctico de cada religiosa, examinando lo que con poca diferencia pasó á todas al resolveros á tomar estado.

Recordad con este motivo los dias en que vivíais en el siglo, y respondedme si no es verdad que antes de abandonar resueltamente sus halagos sentísteis ciertos movimientos que os atraian y ciertas tentaciones que os apartaban: tan pronto se os figuraba el retiro del claustro puerto seguro de vuestra salvacion, como un tormento intolerable capaz de quitaros el juicio y desesperaros: preguntábais hoy á un confesor, mañana á otro, y vuestras dudas y cavilaciones hacian vacilar á los mas sabios: por una parte las falsas interpretaciones de vuestros parientes y las chanzas de vuestras

amigas; por otra el temor de arriesgar vuestra salud, junto todo á las esperanzas halagüeñas con que os brindaba el mundo, os constituia en continúa agitacion, alternando dias y noches en tan encontrados pensamientos. Apelo á vuestra memoria: ¿no es cierto que vuestros padres, hermanos, vuestras amigas y vuestro espíritu mismo os mantenian en una perplejidad fatigosa que no podíais entender? ¿Que llorábais, os afligíais, y pasábais en vela dia y noche luchando siempre con la duda? Bien sabeis que estas indicaciones ó recuerdos son la historia de lo mismo que observásteis en el siglo: mas tambien os consta que cuando llegó el momento de la verdadera vocacion, aquel momento feliz del triunfo de la gracia, se disiparon todas las ilusiones, os desembarazásteis de todos los obstáculos, pedísteis el santo hábito, entrásteis en el noviciado, y por último profesásteis vertiendo lágrimas de gozo. Ved aqui lo que yo llamaba antes una época de la vida.

Desde que pronunciásteis los solemnes votos han ocurrido grandes y ruidosos sucesos en España, singularmente en Madrid. Han caido unos gobiernos y levantádose otros; han muerto reyes, ha habido revoluciones y dádose batallas, algunas á vuestra propia vista; pero á pesar de la profunda impresion que habrán dejado tales acontecimientos en vuestras imaginaciones, estoy seguro que ninguno de ellos reina tan vivo como el sentimiento de vuestra vocacion. Esta época no ha pasado, no pasa nunca; la teneis siempre presente durante vuestra existencia, y aun puede añadirse

que contais con vuestra vocacion hasta el trance mismo de la muerte, para alcanzar entonces la remuneracion de unos dias consagrados al servicio del Señor.

No obstante, como el enemigo está acechando á todas horas la ocasion de envolvernos en sus lazos y arrastrarnos á la perdicion, y la vida del claustro, aunque la mas á propósito para refrenar las pasiones, no alcanza en todo á domarlas ni menos á extinguirlas, tal vez la demasiada confianza en vuestras propias fuerzas habrá relajado el espíritu de vuestro fervor primitivo, y aquel edificio maravilloso de la gracia, por donde caminá-bais á la perfeccion, se resentirá de alguna quiebra que, si no amenaza ruina, exige repararle para evitarlo en adelante. Quiero decir, que atendiendo al tiempo transcurrido necesitais dedicaros con el mayor escrúpulo á escudriñar las faltas, flaquezas ó descuidos que se os hubieren deslizado paulatinamente, principiando desde ahora una época de renovacion que os eleve á aquel grado de santidad correspondiente á las esposas de Jesucristo, del que pudiérais declinar correspondiendo con tibieza á la voz del Jubileo.

Con todo, por si acaso el amor propio, que tan fácilmente nos seduce, y es el enemigo mayor de nuestras almas, os impide conocer este peligro, dejadme inquirir vuestra conducta, tanto acerca de los votos como de la observancia de la regla, y vereis al momento vuestro desengaño.

Os hago la justicia de pensar que, inaccesibles á las asechanzas del tentador, habeis guardado la

pureza en la parte sustancial cual cumple á las esposas de Jesucristo, campeando como azucenas en el vergel hermoso de la gracia. ¿Pero habeis conservado siempre aquel terror santo á las conversaciones familiares con el siglo, ya sea de escrito ó de palabra, que poco á poco van distrayendo el amor espiritual, é introduciendo ciertas aficiones atractivas que apagan ó al menos debilitan la vigilancia religiosa? ¿No habeis nunca descompuesto vuestros ojos, fijándolos por ligereza ó curiosidad en objetos profanos, ajenos de este sagrado recinto? Convengo en que estos pequeños lunares y otros semejantes no inducen culpa mortal ni disminuyen el alto concepto que gozais; mas con todo, la perfeccion deseada, á que debe aspirar una virgen consagrada, no se concilia facilmente con esos deslices habituales, antes bien pudieran dar lugar á que indignado el Esposo de descuidos tan continuos, os retirase su gracia, desmayáseis en el amor al claustro, os invadiese la melancolía, y principiárais á mirar con tedio vuestros deberes mas sagrados.

Entremos ahora en el examen delicado de la pobreza privada, única á la que intento ceñirme, y respondedme con ingenuidad si, cuando el siglo enagenó vuestras posesiones, á las que en realidad nunca renunciásteis por el voto, llevásteis con resignacion este trabajo inesperado; decidme luego si no os habeis resentido tampoco de cargaros con la cruz de la pobreza al nivel de otras comunidades mas austeras que nunca adquirieron propiedades; y si contemplásteis para resistir á la tenta-

cion que os inspiraba vuestra clase distinguida de Señoras, que el Hijo de Dios, Criador del cielo y la tierra, no tenia un rincon donde reclinar su sacratísima cabeza, valiéndome de su divino concepto. Este, este es el modelo verdadero que todos hemos de meditar para comprender bien y aprovecharnos de las humillaciones del mundo.

Y advertid para vuestra mayor inteligencia, que las indicaciones precedentes van contraídas á los dos votos en que brilla mas acreditada vuestra justa reputacion, pues trasladándonos al de la obediencia tal vez tropezaremos con defectos mas generales, que se introducen en los claustros no saliéndoles al encuentro con oportunidad. Lejos de mi pensamiento el temerme que ninguna de vosotras haya resistido abiertamente á las Superiores, ú opuéstose á sus mandatos: semejante demasía no hubiera sido tampoco consentida ni quedado impune: pero aunque dóciles y sumisas en la apariencia, ¿no habeis mostrado nunca disgusto en el modo de verificarlo, soltando alguna réplica ó manifestando desagrado con ademanes violentos, cejo airado ó movimientos mal reprimidos que descubrian la repugnancia á vuestras Preladas? ¿No habeis nunca resistido aceptar los cargos que os señalaba la comunidad, ni tampoco deseos de obtener otros mas cómodos? Guardaos de reputar por tan leves estas culpas que no merezcan corregirse. Una contradiccion intempestiva á las Superiores puede tener su raiz en la soberbia: un resentimiento con una hermana compañera puede originarse de la envidia, ambos pecados capitales; una disputa trivial, y esto no

obstante acalorada, puede perturbar la paz del claustro, y convertir la mansion deliciosa del Convento en una morada de inquietud y confusion. Por esta causa, amadas hijas, conviene recordar que para no cometer pecados graves es preciso poner mucho cuidado en preservarnos de veniales. El voto pues de la obediencia abraza en sí toda la regla, despoja á cada religiosa de su propia voluntad, la somete á la de la Superiora; y asi, cualquiera violacion en la parte esterna manifestada por réplicas, señas ó ademanes, revela desde luego el mal espíritu interior de la religiosa que incurre en esta nota.

Mas concedamos que con respecto á los solemnes votos comparezcáis enteramente sinceradas; ¿os encontrareis en igual caso tomándoos ahora cuenta de la puntualidad al coro y del silencio en él, del recogimiento en la oracion mental, de la caridad con las enfermas, la guarda de los sentidos, la abnegacion del siglo, y del exacto cumplimiento en los ejercicios devotos de la Comunidad?

Para contestar á estas preguntas á satisfaccion de la conciencia no debeis compararos unas con otras y absolveros á la vez, ni contentaros tampoco con veros exentas de faltas que hubiesen merecido pública reprehension, pues para semejante medida se necesita cierta gravedad notable, indigna de una buena religiosa. Si deseais conjeturar de algun modo el mérito de vuestras obras y el grado de vuestra perfeccion, convendria proponeros una regla semejante á la de los Obispos, quienes para dirigir con acierto su conducta, admiran, sí, y respetan los ejemplos de sus hermanos coetáneos, mas no fijan en

ellos tanto la atención como en los que les dejaron mas memorables aquellos Pontífices canonizados que la Iglesia les propone por modelo. En cuanto á mi humilde persona, no dudo asegurar que cuando, aun sin perder de vista esta Diócesis en la que nací, fijo mi consideración en un san Ildefonso que la ilustró con sus escritos y virtudes; en los Eugenio y Julianes, que vertieron su sangre en holocausto de la fe, y en otros Prelados santos que la edificaron con su penitencia, vigilancia y celo evangélico, me lleno de confusión, y no sé cómo responder á la justicia de Dios de un ministerio tan debilmente desempeñado cual el mio. Mas por la misma razón os confesaré tambien que la publicación de la Encíclica y del Jubileo me inundó de gozo y alegría, porque habiendo considerado que mi consagración de Obispo formó una época señalada de mi vida, voy á ver si con el auxilio de las gracias concedidas por nuestro Santísimo Padre, y las oraciones de los justos de que todos participamos, alcanzo de la misericordia del Señor vivificar el espíritu de aquel dia de tal suerte, que aspire á ser ya que no un Ildefonso ó un Eugenio, pues no á todos reparte Dios iguales dones, al menos un humilde imitador de sus virtudes evangélicas, preparado á sostener la fe segun mis fuerzas al frente de un mundo corrompido.

Así vosotras tambien, amadas hijas en Jesucristo, debeis en la oración presente levantar la vista al glorioso san Benito, á santa Escolástica, á san Raimundo vuestro santo Fundador, santa Catalina, santa Teresa y otras muchas penitentes religiosas

veneradas en los altares; y comparando su mortificación, humildad, obediencia y abnegación del mundo con los deslices é imperfecciones en que hubiéseis incurrido, debéis, repito, proponeros ahora contemplar en el Jubileo otra época notable de vuestra vida, si no tan singular como la de vuestra entrada en el claustro, muy á propósito para renovar la vocación y volver á adquirir aquel fervor primitivo con que abrazásteis vuestro santo estado.

¡Pluguiera á Dios animaros de una fe tan viva, y elevaros á un grado tan eminente de santidad, que consiguiérais convertir á los enemigos de la religion! Este punto, el segundo antes anunciado, es del que me toca hablaros ahora.

No negaré, Señoras, que en esta parte, además del interés de vuestra perfección me estimula especialmente el incomparable de la santa Iglesia, ultrajada por sus hijos y escandalizada de sus atentados; mas con la misma verdad aseguraré en seguida que tal es el objeto preferente del Santísimo Pontífice en su celebrada Encíclica y Jubileo, pues los ayunos, limosnas y oraciones que nos recomienda tanto, va todo enderezado á cooperar por medio de nuestra justificación y obras meritorias al triunfo de nuestra santa Madre.

Tampoco os ocultaré que el Santo Padre gradúa las actuales circunstancias entre unas de las mas peligrosas que han afligido á la Esposa de Jesucristo; porque de una parte los enemigos exteriores que profesan el cisma y la heregía amenazan con su poder formidable la ruina del Catolicismo, habiéndolo logrado ya con mas de cuatro millones

de habitantes separados de nuestra comunión; y por otra los interiores que viven con nosotros propagando malas doctrinas y un libertinaje nunca visto, atacan lo mas sagrado de la religion y atentan á dominarla, medio el mas propio de perderla. Con todo, confiado S. S. en la promesa infalible del Salvador, de que jamás han de prevalecer las puertas del infierno, abre el tesoro de las indulgencias, y escita el celo de los fieles con el santo designio de aplacar la ira divina y trasformar en corderos, valiéndome de la frase del Profeta, á los tigres y los lobos, es decir, en penitentes ejemplares á los mayores enemigos de la Iglesia. ¡Cosa admirable! Los satélites del mundo, cuando rompen en sus alianzas, ó se encuentran en sus pretensiones, pelean unos con otros, se injurian, se maldicen con furor, se acometen, dan batallas, destruyen, talan é incendian, resultando en ultimo extremo que pierden victoriosos y vencidos; en vez de que la Iglesia de Dios no conoce mas modo de resistir á sus perseguidores que encomendarles en sus súplicas y rogar por su conversion: y con estas armas verdaderamente de milagro los atrae, los gana, los postra, los rinde, y estrecha en su seno de misericordia.

En prueba de esto fijad vuestra atención en aquel Saulo, enemigo encarnizado del nombre de Jesucristo: aquel Saulo que guardaba la ropa de los que apedreaban á san Esteban para apedrearle él, dice san Agustin, con las manos de todos; y observadle luego cómo inspirado de la gracia, y convertido por las oraciones (asi opinan los SS. PP.) del glorioso Protomartir, se elevó al eminente grado

de Apostol de las gentes, sufriendo insultos, cárceles, flagelaciones, y mil géneros de tormentos, hasta que al fin derramó su sangre por la fe.

Bien sabeis tambien, sin apartarme de las noticias mas vulgares, los estravíos públicos de aquel joven Agustino, ingenio prodigioso, mas que en lugar de aprovecharle en honra y gloria de su Divino Criador, se abandonó á los placeres y deleites, prosti- tuyendo sus talentos hasta precipitarse en la secta infame de los maniqueos, y que eso no obstante las oraciones contínuas de santa Mónica impetraron su dichosa conversion con admiracion del mundo y regocijo de la Iglesia, que la celebra con funcion particular á semejanza de la de san Pablo.

Facil me sería multiplicar pruebas de esta clase, de las que en gran número ofrecen los anales eclesiásticos, pero conjeturando que han de hacer en vosotras mas impresion las que tengan relacion con el claustro y estén mas próximas á nuestros tiempos, os traeré á la memoria el maravilloso suceso de aquellas Carmelitas de Francia, que subieron al patíbulo cantando salmos y ofreciendo su sangre por la Religion: pues en concepto de los escritores mas profundos las oraciones de aquellas esforzadas vírgenes fueron las que atraieron al gremio de la santa Iglesia á una multitud de impíos, y promovieron la conversion de aquel reino populoso. ¿Mas para qué salir de España?

El testimonio que presentan las religiosas de esta monarquía, de diez años á esta parte, no es menos pasmoso bajo otro punto de vista; pues sin otro auxilio que sus oraciones y sus cánticos, no

solo han superado las tormentas, sino tambien mudado la opinion del siglo. Sabedlo para vuestro consuelo. Antes de la revolucion habian propagado vuestros enemigos tantos dicterios, fábulas y errores injuriosos, que aun las personas pacíficas y timoratas solian desconfiar de vuestra eleccion y conformidad con la vida religiosa. Unos libros sentaban que los padres, tios y tutores habian violentado á tomar el hábito á sus ahijadas: otros, que la inesperienza de la edad y la ignorancia en que adormecian á las jóvenes doncellas las precipitaban en una resolucion desventurada de que siempre estaban lamentándose; y casi todos convenian en que os hallábais violentas, afligidas y desesperadas. En vano los defensores de la religion contestaban á sus detractores, que antes de pronunciar los votos, precedian informes secretos y especiales que asegurasen de la vocacion á los Prelados, y un noviciado rigoroso que imponia á las novicias del espíritu y constituciones de la regla. Por mas que predicaban y escribian á favor de vuestra causa los sabios timoratos, la censura del mundo y las invenciones de los libros habian conspirado tanto á desacreditarla, que el mayor número de personas estaban persuadidas de que las monjas, desengañadas ya de sus ilusiones, solo ansiaban echarse fuera del claustro.

Así lo pronosticaban y decian con aire sentencioso los políticos del mundo; mas habiéndolas explorado las autoridades, y puesto en absoluta libertad para restituirse al siglo, despojándolas antes de sus bienes, de sus conveniencias, y aun del

consuelo de vivir exclusivamente con las hermanas de su regla, las ven y admiran firmes en sus votos, resignadas en sus trabajos, y rogando á Dios por sus perseguidores.

Este ejemplo dado en España le tenia Dios preparado para confundir á sus enemigos; y en honor de la verdad debe publicarse que los libros torpes y obscenos, atestados de imposturas contra el claustro, han caido en ridículo; las murmuraciones se oyen con desprecio, y apenas se encuentra ya sugeto de probidad que ponga en duda la vocacion de las esposas de Jesucristo: de modo que lo que intentaron persuadir en vano los escritores y apologistas mas eminentes del claustro, lo han allanado sus censores mas preocupados.

Esta observacion, amadas hijas en Jesucristo, debe tranquilizar vuestras conciencias, *salvar ese terror del porvenir*, que os consume, y enseñaros á conocer humildemente que los altos juicios de Dios no se penetran comparándolos con los de los hombres; pues á veces nos liberta por los mismos medios que parecian adversos y amenazaban arruinarnos. Se pensaba que las rentas pingües de los conventos os atraian al claustro; han faltado juntamente con la conveniencia, y permanecéis tan firmes: se creia que morábais violentas en esas mansiones del silencio, os abren las puertas al bullicio mundanal, y continuais inmóviles: se imaginaban que llorábais por los placeres del siglo, se os brinda con su posesion, y todos observan admirados que solo suspirais por el gozo espiritual de vacar á Dios en la soledad del claustro. Pues

siendo así ¿quién sabe si á la luz de tales desengaños se convertirán unos tras de otros los mayores adversarios? ¿Quién si el ejemplo de resignacion, piedad y fortaleza edificante de las religiosas de España servirá para poblar sus claustros, hoy medio desiertos, y los de otras naciones de la cristiandad, con esplendor y gloria de su santa Iglesia? ¡Ah! Si los mundanos reflexionáran con alguna imparcialidad que esos brazos, reputados entre ellos por inútiles, están continuamente levantados implorando la divina misericordia por su conversion; que esos cánticos sagrados que entonais á Dios en vuestros coros, para ellos tan insulsos, penetran hasta el Trono del Altísimo, y detienen los castigos de su indignacion, tal vez volverian mas pronto de sus extravíos, y cesarian en sus pretensiones nunca bien abandonadas.

Mas por lo mismo que restan todavía dificultades por vencer, y genios díscolos mal avenidos con la penitencia del claustro, conviene, amadas hijas en Jesucristo, que santificadas ahora con el Jubileo os entregueis con mas perseverancia á la oracion; é inflamadas en la caridad pidais á Dios por la conversion de los pecadores y el triunfo de la santa Iglesia, y porque á todos nos conceda la eterna bienaventuranza en compañía del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. AMEN.

siendo así: quien sabe si a la luz de tales desengaños
nos se convertirán unos tras de otros los mayores
adversarios? Quien si el ejemplo de estas naciones
piedad y fortaleza edificante de las religiones de
España servirán para poblar sus claustros? Hoy
medio desiertas y los de otras naciones de la cristi-
tidad, con esplendor y gloria de su santa Igle-
sia y de sus santos abundantes y bellas obras de
alguna importancia, que esos brazos, reputados
entre ellos por inútiles y están continuamente
levantados implorando la divina misericordia por
su conversión, que esos cánticos sagrados que en-
tonan a Dios en vuestros coros, para ellos tan
insanos, penetran hasta el Trono del Altísimo, y
detienen la indignación de Dios, para que
volviera a los que se han apartado de su
en sus pecados, y llamados en la
sombras por lo tanto, que están todavía difundi-
tades por vientos y genios malos mal avenida
con la penitencia del claustró conviene, amadas
hijas en Jesucristo, que santificadas ahora con el
Jabido los entregais con una perseverancia a la
oración; é llamadas en la caridad pías a Dios
por la conversión de los pecadores y el triunfo de
la santa Iglesia, y por que a todos nos conceda la
eterna bienaventuranza en compañía del Padre
del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.
-ante se salvó un momento y levemente estubo
es, oigis las zarzales y los cedros que no abrid so-
da navado sobre y, noisep no no abrid so-
lentáis, ozo lo sopisais olos que sobarim
de vacar a Dios en la soledad del claustró. Pues